



# Visita al territorio de Claire Keegan



## ANTÁRTIDA

Cada vez que la mujer felizmente casada salía, se preguntaba cómo sería dormir con otro hombre. Ese fin de semana estaba decidida a descubrirlo. Era diciembre; sintió que se corría un telón sobre otro año. Quería hacer eso antes de ponerse demasiado vieja. Estaba segura de que se iba a desilusionar.

El viernes a la noche tomó el tren a la ciudad, se sentó a leer en un vagón de primera clase. El libro no llegó a interesarle; ya podía prever el final. Del otro lado de la ventana, las casas iluminadas pasaban veloces en la oscuridad. Había dejado afuera un plato de macarrones y queso para los chicos, había ido a buscar a la tintorería los trajes de su marido. Le había dicho que iba a hacer las compras de Navidad. No había razón para que no confiara en ella.

Cuando llegó a la ciudad, tomó un taxi hasta el hotel. Le dieron un cuarto pequeño y blanco, con vista a Vicar's Close, una de las calles más antiguas de Inglaterra, una hilera de casas de piedra, con altas chimeneas de granito, donde vivía el clero. Esa noche se sentó en el bar del hotel a beber tequila con lima. Los viejos leían periódicos, no había mucho movimiento, pero no le importó, necesitaba una noche de descanso. Se metió en la cama que pagó y cayó en un sueño sin sueños, y se despertó con el sonido de las campanas que repicaban en la catedral.

El sábado fue hasta el *shopping*. Las familias habían salido a empujar cochecitos, a través de la muchedumbre matinal, un espeso torrente de personas que circulaba por las puertas automáticas. Compró regalos inusuales para los chicos, cosas que pensó no iban a imaginarse. Al hijo mayor le compró una afeitadora eléctrica —ya era hora—, un atlas para la niña y, para su marido, un costoso reloj de oro con esfera plana y blanca.

A la tarde se vistió, se puso un vestido color ciruela, tacos altos, su lápiz labial más oscuro y volvió al centro. Una canción de fonola, «La balada de Lucy Jordan», la atrajo al pub, una cárcel transformada, con barrotes en las ventanas y un techo bajo brillante. En un rincón, titilaban las máquinas tragamonedas y, en el momento en que se sentó en el taburete junto a la barra, por la canaleta cayó un montón de monedas.

—Hola —le dijo el tipo que estaba sentado al lado de ella—. No te había visto antes.

Tenía tez rojiza, una cadena de oro debajo de la camisa hawaiana de cuello abierto, cabello color barro y su vaso estaba casi vacío.

—¿Qué estás tomando? —preguntó ella.

Resultó ser un verdadero parlanchín. Le contó la historia de su vida, que trabajaba por las noches en un geriátrico. Que vivía solo, era huérfano, que no tenía familiares, salvo un primo lejano al que nunca había conocido. No llevaba anillo en el dedo.

—Soy el hombre más solitario del mundo —dijo—. ¿Qué hay de ti?

—Soy casada —le dijo, antes de saber lo que estaba diciendo.

Él se rio.

—Juguemos al pool.

—No sé jugar.

—No importa —dijo el hombre—. Te enseñaré. Vas a embocar esa negra antes de darte cuenta.

Puso monedas en una ranura y tiró de algo, y un pequeño estruendo de bolas de billar se derramó dentro de un agujero oscuro debajo de la mesa.

—Rayadas y lisas<sup>[1]</sup> —dijo, poniéndole tiza al taco—. O eres unas o eres otras. Yo empiezo.

Le enseñó a inclinarse y medir la bola, a observar la bola del taco cuando le daba, pero no la dejó ganar ni un juego. Cuando ella fue al baño, estaba borracha. No pudo encontrar la punta del papel higiénico. Apoyó la frente contra el frío del espejo. No recordaba haber estado tan borracha alguna vez. Bebieron sus copas y salieron. El aire le dolía en los pulmones. Las nubes se estrellaban unas contra otras en el cielo. Dejó caer la cabeza hacia atrás para verlas. Deseó que el mundo pudiera volverse de un rojo fantástico y escandaloso para combinar con su humor.

—Caminemos —dijo él—. Te llevaré a dar una vuelta.

Caminó a la par de él, oyendo el crujido de su campera de cuero, mientras él la guiaba por una vereda donde se curvaba el foso que había alrededor de la catedral. Afuera del Palacio del Obispo había un viejo que vendía pan duro para los pájaros. Le compraron y se quedaron junto al borde del agua, alimentando a cinco cisnes cuyas plumas se estaban poniendo blancas. Unos patos marrones cruzaron el agua volando y aterrizaron en el foso con un leve y delicado movimiento. En el momento en que un labrador negro se apareció a los saltos por la vereda, un desorden de palomas levantó vuelo al mismo tiempo, y se posó mágicamente sobre los árboles.

—Me siento como si fuera San Francisco de Asís —dijo ella riéndose.

Empezó a llover; sintió que la lluvia caía sobre su rostro como si fuera pequeñas descargas eléctricas. Volvieron sobre sus pasos hasta el mercado, donde se habían montado puestos protegidos por una lona alquitranada. Vendían de todo: libros hediondos de segunda mano y porcelana, grandes estrellas federales rojas, coronas navideñas, adornos de cobre, pescado fresco que yacía sobre hielo, con ojos muertos.

—Ven a casa —le dijo él—. Te cocinaré.

—¿Me cocinarás?

—¿Comes pescado?

—Como de todo —dijo la mujer y él parecía divertido.

—Conozco a las de tu tipo —dijo el hombre—. Eres salvaje. Eres una de esas mujeres salvajes de clase media.

Escogió una trucha que se veía como si todavía estuviese viva. El pescadero le cortó la cabeza y la envolvió en papel metalizado. A una mujer italiana que atendía el puesto al final de la feria el hombre le compró un frasco de aceitunas negras y un pedazo de queso feta. Compró limas y café de Colombia. Siempre, cuando pasaban delante de los puestos, le preguntaba a ella si quería algo. Era desprendido con el dinero, lo llevaba arrugado en los bolsillos, como si fuera facturas viejas, ni siquiera alisaba los billetes cuando los daba. Camino a la casa de él, se detuvieron en una licorería, compraron dos botellas de Chianti y un número de la lotería, todo lo cual ella insistió en pagar.

—Si ganamos, dividimos —dijo la mujer—. Vamos a las Bahamas.

—Sí, puedes esperar sentada —le dijo el hombre y la vio cruzar la puerta que él le había abierto. Pasearon por calles adoquinadas, dejaron atrás una barbería en la que un hombre, sentado con la cabeza hacia atrás, estaba siendo afeitado. Las calles se hicieron angostas y serpenteantes: ahora estaban fuera de la ciudad.

—¿Vives en los suburbios? —preguntó la mujer.

Él no respondió, siguió caminando. La mujer sintió el olor del pescado. Cuando llegaron a un portón de hierro forjado, él le dijo «dobla a la izquierda». Pasaron debajo de una arcada que daba a un callejón sin salida. Él abrió la puerta de una casa de esa cuadra y la siguió escaleras arriba en dirección al piso más alto.

—Sigue caminando —le decía, cuando ella se detenía en los descansos. Ella se reía nerviosa y subía, volvía a reírse nerviosa y volvía a subir. Arriba de todo se detuvo.

La puerta necesitaba aceite; los goznes chirriaron cuando se abrió. Las paredes del departamento no tenían adornos y estaban amarillentas, los alféizares estaban polvorientos. En la piletta de la cocina había una taza sucia. Un gato persa blanco saltó de un sofá en la sala de estar. Estaba abandonado, como un lugar donde ya no viviera nadie; olor a humedad, ningún signo de teléfono, ninguna foto, adornos, árbol de Navidad. El gomero del living se arrastraba por la alfombra en dirección a un cuadrado de luz que venía de la calle.

Había en el baño una gran bañera de hierro fundido, con patas de acero azul.

—Un baño —dijo ella.

—¿Quieres un baño? —preguntó el hombre—. Pruébala. La llenas y te metes. Vamos, adelante.

La mujer llenó la bañera, mantuvo el agua tan caliente como pudo soportarla. Él entró y se desnudó hasta la cintura, y se afeitó en el lavabo, dándole la espalda. Ella cerró los ojos y lo escuchó batir la espuma de afeitar, golpear la navaja contra el lavabo, afeitarse. Era como si ya lo hubieran hecho antes. Pensó que él era el hombre menos amenazador que hubiese conocido. Se apretó la nariz y se deslizó debajo del agua, oyendo

cómo la sangre le bombeaba en la cabeza, el ajetreo y la nube en su cerebro. Cuando emergió, él estaba ahí, entre el vapor, limpiándose rastros de espuma de afeitar del mentón, sonriente.

—¿Te diviertes? —preguntó él.

Cuando él se puso a enjabonar una toalla de mano, ella se incorporó. El agua le caía por los hombros y le chorreaba por las piernas. Él comenzó por los pies y fue subiendo, enjabonándola lenta y enérgicamente. La mujer lucía bien a la luz amarilla de la espuma; levantaba los pies y los brazos y, ante su requerimiento, se daba vuelta como una niña. La hizo meterse nuevamente en el agua y la enjuagó. La envolvió en una toalla.

—Ya sé lo que necesitas —le dijo él—. Necesitas que te cuiden. No hay una sola mujer en el mundo que no necesite que la cuiden. No te muevas —añadió y salió para volver con un peine y comenzar a peinarle los nudos del cabello—. Mírate. Eres una verdadera rubia. Tienes vello rubio, como un durazno. —Y los nudillos de él se deslizaron por su nuca y siguieron por su columna.

Su cama era de bronce con un acolchado blanco de duvet y fundas de almohada negras. Ella le desabrochó el cinturón, se lo sacó de las presillas. La hebilla tintineó cuando tocó el suelo. Lo liberó de los calzoncillos. Desnudo no era bello, aunque había algo voluptuoso en él, algo inquebrantable y recio en su constitución. Tenía la piel caliente.

—Suponte que eres América —le dijo ella—. Yo seré Colón.

Debajo de la ropa de cama, entre la humedad de los muslos del hombre, ella exploró su desnudez. El cuerpo de él era una novedad. Cuando los pies de ella se enredaron en las sábanas, se las sacó de encima. En la cama, ella tenía una fortaleza sorprendente, una urgencia que lo lastimaba. Lo tomó del cabello y le llevó la cabeza hacia atrás, borracha con el olor de un extraño jabón en el cuello de él. El hombre la besó y la besó. No había ningún apuro. Sus palmas eran las manos ásperas de un obrero. Lucharon contra su deseo, combatieron contra lo que al final les iba a ganar.

Después, fumaron; ella no había fumado en años, había dejado después del primer hijo. Se estiraba para buscar el cenicero, cuando, debajo de su radio reloj, vio un cartucho de escopeta.

—¿Qué es eso?

Lo levantó. Era más pesado de lo que parecía.

—Ah, eso. Es algo que me regalaron.

—Qué regalo —dijo la mujer—. Parece que no solo te gustan los tiros del pool.

—Ven acá.

Ella se acurrucó contra él y rápidamente se durmieron, el adorable sueño de niños, y se despertaron en la oscuridad, hambrientos.

Mientras él se hacía cargo de la cena, ella se sentó en el sofá, con el gato en el regazo, y miró un documental sobre la Antártida, millas de nieve, pingüinos que arrastraban las patas con vientos bajo cero, el Capitán Cook navegando en busca del continente perdido. Él se apareció con una servilleta en el hombro y le ofreció una copa de vino helado.

—Tú —le dijo— tienes algo con los exploradores. —Y se inclinó sobre el respaldo del sofá y la besó.

—¿Con qué te ayudo? —preguntó la mujer.

—Con nada —respondió él y volvió a la cocina.

Ella bebió su vino y sintió cómo el frío le bajaba por el estómago. Lo podía oír cortando verduras, el hervor del agua sobre la hornalla. El olor de la cena flotó por los cuartos. Coriandro, jugo de lima, cebollas. Podría seguir borracha; podría vivir así. Él volvió y dispuso los cubiertos en la mesa, encendió una vela verde y gorda, dobló las servilletas de papel. Se veían como pirámides pequeñas y blancas, bajo la vigilancia de la llama. Ella apagó el televisor y acarició al gato. Su pelo blanco cayó en la bata azul oscura, de talla mucho más grande que la suya. Vio el humo del fuego de otro hombre del otro lado de la ventana, pero no pensó en su marido, y su amante tampoco mencionó la vida hogareña de ella ni una vez.

En cambio, con ensalada griega y trucha grillada, por alguna razón la conversación tuvo al infierno como tema.

De niña, le habían dicho que el infierno era diferente para cada persona, la peor de las situaciones posibles que uno imaginara.

—Siempre pensé que el infierno sería un sitio insoportablemente frío, en el cual una estaría medio congelada, pero sin perder la conciencia y sin sentir verdaderamente nada —dijo la mujer—. No habría nada, salvo un sol frío y el diablo, allí, mirándote.

Tembló y se sacudió. Estaba colorada. Llevó la copa a sus labios e inclinó el cuello hacia atrás mientras tragaba. Tenía un cuello hermoso y largo.

—En ese caso —dijo él—, para mí, el infierno estaría desierto; no habría nadie. Ni siquiera el diablo. Siempre quise considerar que el infierno está poblado. Todos mis amigos irán al infierno.

El hombre le echó más pimienta a su plato de ensalada y arrancó un pedazo blanco del centro del pan.

—En la escuela —dijo la mujer, sacándole la piel a su trucha—, la monja nos dijo que el infierno iba a durar toda la eternidad. Y cuando le preguntamos cuánto iba a durar la eternidad, nos contestó: «Piensen en toda la arena del mundo, todas las playas, toda la arena de las canteras, el lecho de los océanos, los desiertos. Ahora imagínense todos esos granos en un reloj de arena, una clepsidra gigante. Si por año cae un grano de arena, la eternidad es el lapso que a toda la arena del mundo le toma atravesar ese vidrio». ¡Qué te parece! Nos aterrorizó. Éramos muy niñas.

—Aún no crees en el infierno —dijo él.

—No. ¿Qué te creíste? Ojalá la hermana Emmanuel pudiera verme ahora, cogiéndome a un completo desconocido. Qué risa —dijo y, sacándole una escama a la trucha, comió un pedazo con las manos.

Él dejó los cubiertos de lado, apoyó las manos sobre sus propios muslos y se la quedó mirando. Estaba satisfecha, jugaba con la comida.

—De modo que piensas que también todos tus amigos irán al infierno —dijo la mujer—. Qué bien.

—Pero no al de tu monja.

—¿Tienes muchos amigos? Supongo que conoces gente del trabajo.

—A algunos —respondió—. ¿Y tú?

—Tengo dos buenos amigos —dijo ella—. Dos personas por quienes moriría.

—Tienes suerte —le dijo el hombre, y se levantó para hacer el café.

Esa noche, él fue voraz, entregándose totalmente a ella. No había nada que no habría hecho.

—Eres un amante generoso —le dijo ella más tarde, pasándole un cigarrillo—. Eres muy generoso y punto.



El gato se trepó a la cama y la sobresaltó. Había algo escalofriante en ese gato.

Las cenizas del cigarrillo cayeron sobre el acolchado, pero estaban demasiado borrachos como para preocuparse. Borrachos y descuidados y en la misma cama la misma noche. En realidad, todo era muy simple. Del departamento de abajo comenzó a subir música navideña. Canto gregoriano, monjes cantando.

—¿A quién tienes de vecino?

—Oh, a una viejita. Sorda como una tapia. Canta, también. Ahí abajo está en su mundo, tiene horarios extraños.

Se dispusieron a dormir; ella, con la cabeza apoyada en el hombro de él. Él le acariciaba el brazo, arrullándola como a un animal. La mujer imitó el ronroneo de un gato, haciendo sonar las erres de la manera en que le habían enseñado en las clases de castellano, mientras el granizo golpeaba contra los cristales de las ventanas.

—Te voy a extrañar cuando te vayas.

Ella no dijo nada, se quedó ahí mirando cómo cambiaban los números rojos de la radio reloj hasta que se quedó dormida.

El domingo la mujer se despertó temprano. Durante la noche había caído una helada blanca. Se vistió, lo observó dormir, con la cabeza sobre la almohada negra. En el baño, miró dentro del botiquín. Estaba vacío. En el living, leyó los lomos de los libros. Estaban ordenados alfabéticamente. Atravesando el pavimento traicionero, se encaminó al hotel para pagar la cuenta. Se perdió y tuvo que preguntarle cómo seguir a una señora de aspecto preocupado y con un caniche. En el *lobby* del hotel resplandecía un gran árbol de Navidad. Su valija estaba abierta sobre la cama. La ropa olía a humo de cigarrillo. Se duchó y se cambió. La mucama llamó a las diez, pero ella le indicó que se fuera, le dijo que no la molestara, le dijo que nadie debería trabajar los domingos.

En el *lobby*, se sentó en la cabina de teléfono y llamó a su casa. Preguntó por los chicos, por el tiempo, le preguntó a su marido cómo había sido su día, le contó los regalos que les había comprado a los chicos. Volvería a los cuartos desordenados y revueltos, a los pisos sucios, a las

rodillas lastimadas, a un vestíbulo con bicicletas y skates. Preguntas. Cortó, se dio cuenta de que detrás de ella había una presencia que esperaba.

—Nunca dijiste adiós.

Ella sintió la respiración de él en su cuello.

Ahí estaba, una gorra de lana negra le cubría las orejas, ocultándole la frente.

—Dormías —respondió.

—Te escabulliste —le dijo el hombre—. Eres discreta.

—Yo...

—¿Querías escabullirte para almorzar y emborracharte? —dijo, empujándola dentro de la cabina y besándola, un beso largo y húmedo—. Me desperté a la mañana con tu olor en las sábanas —le dijo—. Fue hermoso.

—Envásalo —respondió ella— y nos haremos ricos.

Almorzaron en un lugar con paredes de dos metros, ventanas en arco y piso de lajas. Su mesa estaba al lado del fuego. Comiendo carne asada con *Yorkshire pudding*, volvieron a emborracharse, pero no hablaron mucho. Ella bebía Bloody Marys y le decía al mozo que no fuera tímido con la salsa tabasco. Empezaron con cerveza, luego pasaron a los gin tonics, todo lo que pudiese alejar la perspectiva inminente de su separación.

—Por lo general, yo no bebo así —dijo la mujer—. ¿Y tú?

—No —dijo él y le hizo una seña al mozo para que trajera otra ronda.

Se tomaron más tiempo del debido con el postre y los diarios dominicales. Vino la patrona y echó más leña al fuego. En un momento dado, mientras daba vuelta la página del diario, ella levantó la vista. Él le estaba mirando fijo la boca.

—Sonríe —dijo el hombre.

—¿Qué?

—Sonríe.

Sonrió y él se estiró para poner la punta de su dedo índice contra los dientes de ella.

—Listo —le dijo, mostrándole un pedacito de comida—. Ya está.

Cuando pasaron por el mercado, caía una niebla espesa sobre la ciudad, tan espesa que ella apenas podía leer los carteles. Los vendedores

domingueros rezagados, salidos para hacer las ventas de Navidad, mostraban sus porcelanas.

—¿Terminaste con las compras de Navidad? —preguntó ella.

—No. ¿Acaso tengo a alguien a quien regalarle algo? Soy huérfano. ¿Recuerdas?

—Lo siento.

—Vamos. Caminemos.

Él la tomó de la mano y la condujo por una calle sucia que daba a un bosque negro, más allá de las casas. Le apretaba la mano; a ella le dolían los dedos.

—Me estás lastimando —le dijo.

Dejó de apretarla, pero no se disculpó. La luz abandonaba el día. El atardecer avanzaba sobre el cielo, sobornando a la luz para que oscureciese. Caminaron un buen rato sin hablar, limitándose a sentir el silencio del domingo, oyendo a los árboles que se tensaban contra el viento helado.

—Me casé una vez, estuve en África de luna de miel —dijo repentinamente el hombre—. No duró. Tenía una casa grande, muebles, de todo. Era una buena mujer; también, una maravillosa jardinera. ¿Viste la planta esa que hay en mi living? Bueno, era suya. Durante años estuve esperando que se muriese, pero la mierda esa sigue creciendo.

Ella recordó la planta que reptaba por el piso, del tamaño de un hombre adulto, con una maceta no más grande que una cacerola, las raíces secas enmarañadas sobre la maceta. Un milagro que todavía estuviera viva.

—Hay cosas sobre las que uno no tiene control —dijo el hombre, rascándose la cabeza—. Me dijo que sin ella no duraría ni un año. Ja, se equivocó —agregó y la miró sonriéndole, una extraña sonrisa de victoria.

Para entonces ya se habían adentrado mucho en el bosque; salvo por el sonido de sus pasos sobre el camino y por la franja de cielo entre los árboles, ella podría no haber estado segura de dónde estaba el sendero. De pronto, él la agarró y la tiró debajo de los árboles, la empujó contra un tronco. Ella no podía ver. Sintió la corteza a través del abrigo, el vientre de él contra el suyo, pudo oler el gin en su aliento.

—No me olvidarás —le dijo él, sacándole el cabello de los ojos—. Dilo. Di que no me olvidarás.

—No te olvidaré.

En la oscuridad, pasó sus dedos por el rostro de ella, como si fuera un ciego tratando de memorizarla.

—Tampoco yo te olvidaré. Algo de ti quedará latiendo acá —dijo el hombre, tomándole la mano y poniéndola dentro de su camisa. Ella sintió latir el corazón del hombre debajo de su piel caliente. Él la besó entonces como si en la boca de ella hubiese algo que quería. Palabras, probablemente. En ese momento repicaron las campanas de la catedral y ella se preguntó qué hora era. Su tren partía a las seis, pero había empacado todo, no había prisa.

—¿Ya dejaste el hotel?

—Sí —se rio ella—. Creen que soy la pasajera más pulcra que jamás tuvieron. Mi equipaje está en el *lobby*.

—Ven a mi casa. Te llamaré un taxi, voy a despedirte.

Ella no estaba de ánimo para sexo. Mentalmente, ya se había ido, se encontraba con su esposo en la estación. Se sentía limpia, plena y afectuosa; lo único que ahora quería era un buen sueñito en el tren. Pero, finalmente, no pudo pensar en ninguna razón para no ir y, a modo de regalo de despedida, le dijo que sí.

Salieron de la oscuridad del bosque, caminaron por Vicar's Close y aparecieron debajo del foso, no lejos del hotel. Había gaviotas. Revoloteaban sobre las aves acuáticas, se lanzaban en picada y se apoderaban del pan que un grupo de estadounidenses les arrojaba a los cisnes. Ella recogió la valija y caminó por las calles resbalosas hasta la casa de él. Las habitaciones estaban frías. Los platos sucios del día anterior habían quedado en remojo en la piletta, había un reborde de agua grasienta sobre el aluminio. Un resto de luz se filtraba por el espacio que quedaba entre las cortinas, pero el hombre no encendió la luz.

—Ven —le dijo.

Se sacó la campera y se arrodilló ante ella. Le desabrochó las botas, desatando los cordones lentamente, le sacó las medias, le bajó la bombacha hasta los tobillos. Se incorporó y le abrió cuidadosamente la blusa, contempló los botones, le bajó el cierre de la falda, deslizó el reloj de la mujer hasta tenerlo en la mano. Luego, buscó debajo del cabello de ella y le

sacó los aros. Eran aros colgantes, hojas de oro que el marido le había regalado para su cumpleaños. La desnudó; tenía todo el tiempo del mundo. Ella se sentía como una niña a la que van a acostar. No tenía que hacer nada con él, para él. Ningún deber, lo único era estar ahí.

—Acuéstate —le dijo.

Desnuda, se dejó caer sobre el acolchado.

—Podría dormirme —dijo, cerrando los ojos.

—Todavía no —respondió él.

El cuarto estaba frío, pero él transpiraba; ella podía oler su transpiración. Con una mano, le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza y le besó la garganta. Una gota de sudor cayó sobre el cuello de ella. Se abrió un cajón y algo hizo un ruido metálico. Esposas. La mujer se sobresaltó, pero no pensó con la suficiente rapidez como para oponerse.

—Te va a gustar —le dijo él—. Confía en mí.

La esposó a la cabecera de la cama de bronce. Una parte de la mente de ella entró en pánico. Había en él algo premeditado, algo callado y avasallador. Más gotas de sudor cayeron sobre ella. Sintió el gusto picante de la sal en la piel de él. Retrocedía y avanzaba, la hizo pedir más, acabar.

El hombre se levantó. Salió y la dejó allí, esposada a la cabecera. Se encendió la luz de la cocina. Ella olió el café, lo oyó cascar huevos. Volvió con una bandeja y se sentó a su lado.

—Tengo que...

—No te muevas —dijo con tranquilidad. Estaba absolutamente sereno.

—Sacame las...

—Shhhh —dijo—. Come. Come antes de irte. —Y le extendió un pedazo de huevo revuelto pinchado a un tenedor, y ella lo tragó. Tenía gusto a sal y pimienta. Volvió la cabeza. En el reloj se leía 5.32.

—Dios, mira la hora que...

—No blasfemes —le dijo—. Come. Y bebe. Bebe esto. Ya traigo las llaves.

—¿Por qué no...?

—Vamos, bebe. Anda. Bebí contigo, ¿recuerdas?

Todavía esposada, bebió el café de la taza que él le acercó a la boca. Fue apenas un minuto. Sintió una sensación cálida y oscura, y luego se durmió.

Cuando despertó, él estaba de pie, en la brutal luz fluorescente, vistiéndose. Seguía esposada a la cama. Trató de hablar, pero estaba amordazada. Uno de sus tobillos también estaba esposado a la pata de la cama con otro par de esposas. Él continuaba vistiéndose, abrochándose la camisa de jean.

—Tengo que ir a trabajar —dijo, atándose los cordones—. No tengo otra.

Salió y volvió con una palangana.

—Por si te hace falta —dijo, dejándola sobre la cama.

La arropó y luego la besó, un beso rápido y normal, y apagó la luz. Se detuvo en el vestíbulo y se volvió hacia ella. Su sombra se irguió amenazante sobre la cama. Ella abrió grandes los ojos, suplicante. Trató de alcanzarlo con los ojos. Él estiró las manos y le mostró las palmas.

—No es lo que crees —le dijo—. No es para nada eso. Te amo. Trata de comprender.

Y entonces se dio media vuelta y se fue. Lo oyó irse, lo oyó en las escaleras, un cierre relámpago que se cerraba. La luz del vestíbulo se apagó, el portazo, lo oyó caminar sobre el pavimento, los pasos menguantes.

Frenética, hizo lo que pudo para sacarse las esposas. Hizo de todo para liberarse. Era una mujer fuerte. Intentó separar la cabecera, pero cuando logró zafar de un codazo la sábana, descubrió que estaba sujeta con pernos al elástico. Durante un buen rato se sacudió en la cama. Quería gritar «¡Fuego!». Eso es lo que la policía les decía a las mujeres que gritaran en una emergencia, pero, con la venda, no podía articular. Se las arregló para apoyar el pie libre en el suelo y para patear sobre la alfombra. Luego se acordó de la abuela sorda del piso de abajo. Pasaron horas antes de que se calmase para pensar y oír. Su respiración se estabilizó. Oyó que en el cuarto de al lado la cortina golpeaba. Él había dejado abierta la ventana. Con la conmoción, el acolchado había caído al piso y ella estaba desnuda. No podía alcanzarlo. Entraba frío, inundando la casa, llenando los cuartos. Tembló. El aire frío baja, pensó. De a poco, los temblores pasaron. Un entumecimiento persistente le fue ganando el cuerpo; se imaginó que la sangre reducía la velocidad en sus venas, que el corazón se le encogía. El

gato saltó y aterrizó en la cama, trazando círculos sobre el colchón. Su rabia embotada se transformó en terror. Eso también pasó. Ahora, la cortina de la habitación de al lado golpeaba más rápido: el viento era más fuerte. Pensó en el hombre y no sintió nada. Pensó en su esposo y en sus hijos. Tal vez nunca la encontrarían. Tal vez nunca volvería a verlos. No importaba. Podía ver su propio aliento en la oscuridad, sentir el frío que le atenazaba la cabeza. Empezaba a emerger sobre ella un frío y lento sol que iluminaba el este. ¿Era su imaginación o era la nieve que caía más allá de los vidrios de las ventanas? Contempló el reloj sobre la mesa de luz, los números rojos que cambiaban. El gato la observaba, sus ojos oscuros como semillas de manzana. Pensó en la Antártida, en la nieve y en el hielo y en los cuerpos de los exploradores muertos. Luego pensó en el infierno; después, en la eternidad.

## HOMBRES Y MUJERES

Mi padre me lleva a lugares. Tiene caderas artificiales, de modo que me necesita para abrir portones. Para llegar a nuestra casa hay que manejar por un camino largo a través del bosque, abrir dos portones y, cuando se ha pasado, cerrarlos para que las ovejas no se escapen a la ruta. Soy hábil. Abro los portones, mi padre pasa sin problemas con el Volkswagen, cierro los portones detrás de él y vuelvo a saltar al asiento del acompañante. Para ahorrar nafta, enciende el auto en movimiento, tomando velocidad en la cuesta que hay antes del camino, y entonces vamos donde quiera que mi padre vaya ese día en particular.

A veces es al depósito de chatarra, donde busca un repuesto o, después de olfatear una ganga en algún aviso clasificado, terminamos en el campo embarrado de algún granjero, que arranca repollos o recoge semillas de papas en un cobertizo polvoriento. En la forja miro dentro del barril de agua, cuya superficie refleja retazos de cielos lechosos que pasan flotando, con pereza, hasta que el herrero hunde el metal al rojo vivo y quema las nubes. Los sábados mi padre va a la feria y examina ovejas en los corrales, tanteándoles el espinazo, inspeccionándoles la boca. Si compra unas pocas, no se molesta en ir a casa a buscar el remolque, sino que las carga en el asiento trasero del coche, y a mí me toca sentarme en el medio del asiento de adelante para mantenerlas ahí. Cagan como piedritas y dicen ¡beeeeh!; las lenguas de las Suffolk, negras como el hígado crudo que cocinamos los lunes. Las mantengo atrás hasta que llegamos a cualquier lugar en que pa se detenga para comer algo camino a casa. Generalmente, es en lo de Bridie Knox porque Bridie faena su propio ganado y siempre hay carne. El freno de mano no funciona, así que pa se detiene en el patio, yo salgo y pongo una piedra delante de la rueda.



Soy la chica de los mil usos.

—Por Dios, señora, ¿dónde se metió?

—¡Dan! —dice Bridie, como si no hubiese oído el auto.

Bridie vive en una casita humeante sin marido, pero tiene hijos que manejan tractores por los campos. Son hombres bajos y profundamente feos que huelen a bosta y emparchan sus botas Wellington. Bridie usa lápiz de labios rojo y polvo para la cara, pero sus manos son como las manos de un hombre. Me parece que su cabeza no va con el cuerpo, como pasa con mis muñecas cuando les cambio las cabezas.

—¿Tiene un bocado para la niña, señora? En casa pasa hambre —dice pa, mirándome como si yo fuera uno de esos chicos africanos para los que donamos azúcar durante la cuaresma.

—¡Ah! —dice Bridie, sonriendo por el chiste viejo—. A mí, esa muchacha me parece alimentada. Siéntense y voy a calentar el agua.

—Para decirle la verdad, señora, no me habría caído por acá con las manos vacías. Vengo de la feria y el precio de las ovejas es un despropósito.

Habla sobre ovejas y ganado y el clima y cómo nuestro pequeño país está en un estado calamitoso, mientras Bridie dispone la mesa, saca la salsa Chef y la mostaza Colman y corta grandes y gruesas tajadas de tocino o de jamón cocido. Me siento junto a la ventana y vigilo las ovejas, que miran, confundidas, desde el auto. Pa come todo lo que le pongan delante, mientras yo levanto una torre de galletitas y les lamo el chocolate y le doy el resto al terrier Jack Russell que está debajo de la mesa.

Cuando llegamos a casa, busco la pala del hogar y junto la caca de oveja del coche y guardo la cebada en el pajar.

—¿Adónde fuiste? —me pregunta mami.

Le cuento todo sobre nuestros viajes, mientras cargamos baldes de alimento balanceado y pulpa de remolacha por el patio. Pa pone un balde de cinc debajo de su vaca Shorthorn y se sienta a ordeñarla.

Mi hermano está sentado en la sala de estar, junto al fuego, y hace como que estudia. Prepara el Certificado Intermedio. El año que viene. Mi hermano va a ser alguien, de modo que no abre portones ni limpia caca ni carga baldes. Lo único que hace es leer y escribir y dibujar triángulos con

lápices especiales. Pa se los compra para dibujos industriales. Es el cerebro de la familia. Se queda ahí hasta que lo llaman para cenar.

—Ve y dile a Seamus que la cena está servida —dice pa.

Antes de bajar, me tengo que sacar mis Wellington.

—Ven a comer, haragán de mierda —le digo.

—Les voy a contar —me dice.

—No les dirás nada —le digo y vuelvo a subir a la cocina, donde le sirvo arvejas del huerto en el plato porque él no va a comer nabos o repollo como el resto de nosotros.

A la noche, saco mi mochila y hago la tarea sobre la mesa de la cocina, mientras ma mira la tele que alquilamos para el invierno. Los martes prepara una gran tetera antes de las ocho en punto y se sienta junto a la estufa y se pega al programa en el que un hombre le enseña a manejar a una mujer. Cómo hacer los cambios, dejar el embrague libre y acelerar. Salvo por una mujer hosca de detrás de la colina, que maneja un tractor, y por una protestante del pueblo, ninguna mujer que conozcamos maneja. Durante la pausa, los ojos de mami dejan la pantalla y viajan hasta el estante de arriba de la cómoda, donde escondió la llave de repuesto del Volkswagen en una tetera vieja y rajada. Se supone que yo no lo sé. Suspiro y sigo trazando el curso del río Shannon a través de un pedazo de papel encerado.

La víspera de Navidad, dejo carteles. Corto una caja de cartón y con un marcador rojo escribo: «POR ACÁ SANTA» y dibujo flechas que le indican el camino. Siempre tengo miedo de que se pierda o de que no se moleste en venir, ya que los portones son todo un problema. Cuelgo los carteles de la cerca al final del sendero y sobre los portones de madera y uno adentro de la puerta que da al vestíbulo, donde está el árbol. Le dejo un vaso de cerveza negra y un pedazo de torta sobre la chimenea y me imagino que, para la mañana de Navidad, Santa debe estar borracho como una cuba.

Papi saca su sombrero bueno y se mira en el espejo. Es un sombrero elegante, con una pluma dura metida en el ala. Le calza bien como para esconderle la parte calva.

—¿Y adónde vas a ir en la víspera de Navidad? —le pregunta mami.

—A ver a un hombre por un cachorro —le dice él y da un portazo.

Me voy a la cama y me cuesta dormir. Soy la única persona de mi clase a la que Santa Claus todavía visita. Lo sé porque el maestro preguntó: «¿A la casa de quién va Santa Claus todavía?», y la mía fue la única mano levantada. Soy distinta, pero cada año siento que hay una posibilidad mayor de que no venga, de que vaya a pasarme lo que les pasa a los otros.

Me levanto al alba y mami ya está prendiendo el fuego, de rodillas ante el hogar, rasgando un diario, sonriente. Hay un momento terrible en que pienso que tal vez Santa no vino porque dije «Ven a comer, haragán de mierda», pero viene. Me deja la muñeca Tiny Tears que le pedí, envuelta en el mismo papel de envolver que tenemos y pienso que el sistema postal es como magia, que puedo mandar una carta dos días antes de Navidad y que llega al Polo Norte de la noche a la mañana, aun cuando a Inglaterra tarda como una semana. Santa ya no le trae nada a Seamus. Sospecho que sabe lo que Seamus está haciendo en realidad todas esas tardes en la sala de estar, leyendo revistas *Hit n Run* y tomando la limonada roja del aparador, sin usar el cerebro para nada.

Nadie se levantó, salvo mami y yo. Somos las madrugadoras. Preparamos té y, como desayuno, comemos tostadas y dedos de chocolate. Después, mami se pone el mejor delantal, ese adornado con frutillas, y enciende la radio, corta cebollas y perejil, mientras yo rallo una hogaza hasta dejarla hecha migajas. Rellenamos el pavo y bailoteamos por la cocina. Seamus y pa bajan e investigan los paquetes que hay debajo del arbolito. A Seamus, para Navidad, le toca un tablero para dardos. Lo cuelga de la puerta y él y pa tiran dardos y anotan con tiza los puntos, mientras mami y yo nos ponemos nuestros anoraks y les damos de comer a los chanchos, a las vacas y a las ovejas y dejamos las gallinas afuera.

—¿Por qué ellos no hacen nada? —pregunto. Busco en la paja tibia, a ver si hay huevos. Las gallinas ponen menos en invierno.

—Son hombres —dice mami, como si eso explicara todo.

Como es Navidad, no digo nada. Entro y esquivo un dardo, que me pasa cerca de la cabeza.

—¡Ja! ¡Ja! —se ríe Seamus.

—En el blanco —dice pa.

La víspera de Año Nuevo nieva. Los copos de nieve caen y se derriten sobre los alféizares de las ventanas. Es el final de otro año. Me como un bol de postre con frutas para el desayuno y me quedo dormida mirando *Lassie* en la TV. Después de la cena, juego con mis muñecas, pero me canso de llenar con agua a Tiny Tears y de apretarle el agujero de la espalda, así que le saco la cabeza, pero tiene el cuello demasiado grueso como para que entre en el cuerpo de las otras muñecas. Empiezo a jugar a los dardos con Seamus. Él hace dos marcas sobre el linóleo: una para él y otra, cerca de la madera, para mí. Cuando saco un triple diecinueve, Seamus dice: «Pura suerte». Según mi hermano, todo lo que hago bien es por accidente.

—Ochenta y siete —le digo, sumándome el puntaje. Soy rápida para las sumas, aunque no tan buena para las restas.

—¡Pura suerte! —dice.

—No sabes lo que es la suerte —le digo.

—Exactamente —dice.

Estoy harta de ser tratada como una niña. Ojalá fuera grande. Ojalá pudiera estar sentada al lado del fuego y que me llamasen para cenar y dibujar triángulos, chupar la punta de los lápices especiales, sentarme detrás del volante del auto y tener a alguien para abrirme los portones que tuviera que cruzar. ¡Brum! ¡Brum! Al diablo con el auto, pondría una calcomanía en el guardabarros que dijese: CUIDADO, OVEJA A BORDO.

Esa noche nos vestimos bien. Mami lleva un vestido rojo, del mismo color que el de una vaca Shorthorn. Tiene la piel pecosa, como si alguien hubiera hundido un cepillo de dientes en pintura y la hubiese salpicado. Me pide que le cierre el collar de perlas. Solía pararme sobre la cama para hacer eso, pero ahora soy alta, la niña más alta de mi clase; el maestro nos midió. Mami es alta y delgada, pero tiene la piel de las manos dura. Me pregunto si algún día se verá como Bridie Knox, si será parte hombre y parte mujer.

Pa no se viste bien. Nunca supe que tomara un baño o que se lavara el cabello; se limita a cambiarse el sombrero y los zapatos. Ahora se calza el sombrero bueno en la cabeza y se mira al espejo. La pluma está más parada que lo habitual. Luego se pone zapatos. Son unos grandes zapatos negros que se compró cuando vendió el carnero Suffolk. Tiene problemas con los

cordones, ya que le cuesta agacharse. Seamus lleva un suéter verde con parches en los codos, pantalones negros con las piernas en tubo y botas de cowboy que lo hacen más alto.

—No vayas a tropezarte con los tacos —le digo.

Subimos al Volkswagen, yo y Seamus en el asiento de atrás, y mami y pa en el de adelante. Aunque lavé todo el auto, puedo oler la bosta de oveja, un olor débil y acre que siempre nos devuelve al lugar del cual venimos. Papi enciende el limpiaparabrisas; hay uno solo y, cuando remueve la nieve, chirría. Los cuervos abandonan los árboles, dejando escapar sonidos chillones, hambrientos. Dado que atrás no hay puertas, mami es la que sale a abrir los portones. Me parece que, con sus perlas alrededor del cuello y la falda roja que se abomba cuando se da vuelta, es hermosa. Ojalá saliera mi padre, que la nieve cayera sobre él y no sobre mi madre así de bien vestida. He visto a otros padres sosteniendo los abrigos de sus esposas, abriéndoles las puertas, preguntándoles si hay algo que les gusta en los negocios, trayendo a casa barras de chocolate y peras maduras, incluso cuando ellas dicen no.

El Spellman Hall se levanta en el medio de un estacionamiento, un arco de lamparitas peladas de todos colores, rodeado por un cartel torcido de Feliz Navidad sobre la puerta. Adentro es grande como un depósito, con un piso resbaloso de madera y bancos en las paredes. Unas luces extrañas hacen que toda prenda blanca deslumbre. Es sorprendente. Puedo ver el sostén de la vendedora de diarios a través de su blusa, pelusa como nieve sobre los pantalones del rematador. El contador tiene un ojo negro y un suéter hecho de diamantes de lana grises y blancos. En lo alto, brilla tenuemente y gira con lentitud un globo de espejos quebrados. En un extremo del salón de baile, hay una mesa de fórmica repleta de botellas de limonada y naranja, galletitas con crema y queso y aros de cebolla marca Tayto. Atiende la mujer del carnicero, que reparte las pajitas y recibe el dinero. Varias de las mujeres que conozco de mis viajes por los alrededores están ahí: Bridie con su lápiz labial rojo fuerte; Sarah Combs, quien solo la última semana instó a mi padre a que tomara un vaso de jerez y me dio un pedazo de torta rancia, mientras llevaba a mi padre a su sala de estar para mostrarle su nuevo juego de muebles. Miss Emma Jenkins, que siempre se

la pasa friendo y tomando café en lugar de té y nunca tiene nada dulce en la casa por algo que llama sus jugos gástricos.

Sobre el escenario, unos hombres de blazer rojo y corbata a rayas tocan la batería, las guitarras, los vientos y Nerves Moran está al frente, cantando «My Lovely Leitrim». Mami y yo somos las primeras en salir a la pista para el vals del cucú, y cuando para la música, ella baila con Seamus. Mi padre baila con las mujeres de nuestros recorridos. Me pregunto cómo es que puede bailar así y no abrir portones. Seamus baila con chicas adolescentes que conoce de la escuela vocacional, la mano arriba, la cola para afuera y las muchachas girando a toda velocidad. Los viejos de treinta me piden que salga.

«¿Te animas a este baile?», preguntan. O «¿Qué tal esta pieza?».

Me dicen que bailando soy leve.

—Cristo, eres como una pluma —dicen y me ponen a bailar.

En el «Paul Jones», la música se detiene y me quedo varada con un granjero que huele ácido, como el whiskey que les damos a beber a los corderos enfermos en primavera, pero se mete el muchacho que tranquiliza al ganado en la pista de la feria y me rescata.

—No le prestes atención —dice—. Se cree la gran cosa.

Trato de imaginar qué es la gran cosa y me suena extraño. Huele a cuerdas, a recién galvanizado, a desinfectante Jeyes Fluid, o quizás solo me lo imagino. La gente dice que yo imagino cosas.

Después del baile tengo sed y mami me da una moneda de cincuenta peniques para limonada y para la rifa. Empieza un vals lento y pa va hasta donde está Sarah Combs, que se levanta del banco y se quita el saco. Lleva los hombros desnudos; puedo ver la parte de arriba de sus pechos como dos huevos de pato. Mami está sentada con la cartera sobre la falda, observando. Esta noche hay algo triste en mami; es algo que la ronda, como cuando muere una vaca y viene el camión a llevársela. Algo que no entiendo del todo está pasando, como si hubiera una nube negra que podría estallar y causar un descalabro. Me cruzo y le ofrezco mi limonada, pero apenas toma un poco, un sorbo delicado y me agradece. Le doy la mitad de mis boletos de la rifa, pero no le importan. Mi padre rodea con los brazos a Sarah Combs, bailando lento ya que lentitud es lo que él quiere. Seamus

está apoyado contra la pared más alejada, con las manos en los bolsillos, sonriéndole a la rubia que acapara el espejo en el baño de damas.

—Ve e interrumpe a pa.

—¿Qué? —me dice.

—Que lo interrumpas a pa.

—¿Para qué debería hacer eso? —pregunta.

—Y se supone que eres el que tiene cerebro —le digo—. Pedazo de mierda.

Cruzo la pista y golpeo suavemente la espalda de Sarah Combs. Le golpeo una costilla. Se da vuelta, su amplia y ostensible faja brillando a la luz que se derrama desde el globo que hay sobre nuestras cabezas.

—Disculpe —digo, como si fuera a preguntarle la hora.

—Je, je —dice, mirándome desde arriba. Tiene el globo de los ojos rajados, como la tetera de nuestro aparador.

—Quiero bailar con papi.

Ante la palabra «papi», su rostro cambia y suelta a mi padre. Asumo el control. Ahora, el hombre del escenario está soplando su trompeta. Mi padre me agarra fuerte de la mano, como si quisiera lastimarme. Puedo ver a mi madre en el banco, buscando un pañuelo en la cartera. Luego va al baño. En pa se percibe una sensación como de odio. Tengo la sensación de que está indefenso, pero no me importa. Por primera vez en toda mi vida, tengo algo de poder. Puedo entrometerme y hacerme cargo, rescatar y ser rescatada.

Hacia medianoche hay un alboroto generalizado. Todo el mundo está en la pista, las rodillas dobladas, los bolsos balanceándose. Nerves Moran cuenta de atrás para adelante los segundos que faltan para el Año Nuevo, y entonces hay besos y abrazos. Hombres a quienes no conozco me aprietan, me besan como si tuvieran sed y yo fuera el agua.

Mis padres no se besan. En toda mi vida, desde que tengo uso de razón, nunca los he visto tocarse. Una vez llevé a una amiga arriba para mostrarle la casa.

—Este es el cuarto de mami —le dije—, y este es el de papi.

—¿Tus padres no duermen en el mismo cuarto? —preguntó ella con una voz muy asombrada.

La banda retoma el ritmo. «¡Oh hokey, hokey, pokey!».

—¡Desháganse de los platos de pavo, sacúdanse los budines de ciruela! —grita Nerves Moran, e inclusive los fanfarrones de salón abandonan sus figuras de ocho pasos y bailan *twist* y se mueven y yo golpeo mi trasero contra el trasero del tipo de la feria y termino bailando con un extraño.

Todo el mundo se incorpora para el himno nacional. Papi se está secando la frente con un pañuelo y Seamus jadea porque no está acostumbrado al ejercicio. Se encienden más luces y nada sigue igual. La gente está colorada y sudorosa; todo vuelve a la normalidad. El rematador se apodera del micrófono y le agradece a un montón de gente y luego remata un ternero Charolais y un chivo y un lote de té y azúcar y panecillos y jamón, budín de ciruelas y empanadillas. Donde estuvo el chivo hay bosta, y me pregunto quién la limpiará. Hasta que no limpian todo, la rifa no comienza. El rematador le entrega la caja de cartón con los talones de los números a la rubia.

—Bien profundo —le dice—. Sin espiar. Primer premio: una botella de whiskey.

Ella se toma su tiempo, aceptando con entusiasmo la atención.

—Vamos —dice el rematador—. Bien, muchacha, no es la lotería.

Ella le entrega un número.

—Es un (¿de qué color dirías que es, Jimmy?)... Es un número color salmón, número setecientos veinticinco. Siete dos cinco. Número de serie 3X429H. Te lo diré de nuevo.

No es el mío, pero estoy cerca. De todos modos, no quiero el whiskey; lo guardarían para los corderos. Preferiría la caja de galletitas Afternoon Tea, que viene inmediatamente después. Hay un desorden general, una búsqueda en carteras, bolsillos traseros. El rematador repite los números, y parece que tendrá que sacar otro número, cuando mami se levanta de su asiento. Con la cabeza en alto, camina en línea recta a través de la pista. La multitud se abre, la gente se hace a un lado para dejarle paso. Sus nuevos zapatos de taco alto hacen clac-clac sobre el piso resbaladizo, y su falda roja destella. Nunca la he visto hacer eso. Por lo general, es demasiado tímida, me da los números y yo corro a buscar el premio.



—¿No quiere una gota de alcohol, señora? —pregunta Nerves Moran, leyendo el número de mami—. ¿Está segura de que no la mantendrá calentita en una noche como la de hoy? Ninguna mujer necesita a hombre alguno con una gota de Powers. ¿No es así? Siete veinticinco, es este.

Mi madre está allí parada, con su ropa elegante, y la cosa no cierra. No pertenece a ese lugar.

—Veamos ahora los números de serie —dice Nerves Moran, saliéndose con esa—. Lo siento, señora, el número de serie no es el correcto. Tal vez su marido la mantenga calentita esta noche. Vuelva con aquel en quien se puede fiar.

Mi madre se vuelve y camina clac-clac desandando el camino sobre el piso resbaladizo, con todo el mundo sabiendo que ella creyó que había ganado, cuando no había ganado. Y de repente, ya no camina, sino que corre, corre en la luz brillante y blanca, más allá del guardarropas, en dirección a la puerta, con el cabello violentamente suelto, como si detrás de ella tuviera una cola de caballo.

Afuera, en el estacionamiento, la nieve se acumuló sobre el pasto helado, los almácigos protegidos de hojas perennes, pero el pavimento está húmedo y brilla bajo los focos delanteros de los autos que se van. La luna brilla pesada y firme sobre la tierra. Mami, Seamus y yo nos sentamos en el coche, temblando, esperando a pa. No podemos encender el motor para calentar el auto porque pa tiene las llaves. Tengo los pies fríos como piedras. Una nube de vapor grasiento se alza desde la ventanilla posterior de la camioneta de las papas fritas, con una salchicha marrón y gorda pintada sobre el metal cromado. Alrededor, la gente se está yendo, saludando, diciéndose «¡Buenas noches!» y «¡Feliz Año Nuevo!». Recogen sus papas fritas y se van.

La camioneta de las papas fritas ya ha cerrado y el estacionamiento está vacío cuando sale papi. Se sienta al asiento del volante, enciende el motor, murmura y nos ponemos en movimiento, trepando la colina que está afuera del pueblo, zigzagueando por los caminos estrechos en dirección a nuestra casa.

—La banda no era mala —dice pa.

Mami no dice nada.

—Digo que era una banda bastante animada —dice más fuerte esta vez.  
Mami sigue sin decir nada.

Mi padre comienza a cantar. Siempre que está enojado, canta, simula estar de buen humor cuando está furioso. Ahora, las luces del pueblo quedaron atrás. Estos caminos son oscuros. Pasamos delante de casas con velas prendidas en las ventanas, lamparitas que brillan intermitentemente en los arbolitos de Navidad, hojas de diario sujetas sobre los parabrisas de los coches estacionados. Pa deja de silbar antes de terminar la canción.

—¿Viste algo bonito en el salón, Seamus?

—Nada para volverse loco.

—Esa rubia estaba buena.

Pienso en la feria, todos los hombres en las barandas, ofertando por terneras y ovejas hembras. Pienso en Sarah Combs y en cómo siempre huele a hierba cuando vamos a su casa.

Las ramas del nogal al fondo de nuestra senda están duras de nieve. Pa detiene el auto, y nos vamos un poco para atrás hasta que pone el pie en el freno. Espera que mami baje a abrir los portones.

Mami no se mueve.

—¿Te lastimaste algo? —pregunta pa.

Ella mira hacia delante.

—¿La puerta está trabada o qué? —pregunta pa.

—Ábrela tú.

Él se estira y le abre la puerta, pero ella la cierra de un portazo.

—¡Sal y abre ese portón! —me ladra.

Algo me dice que no me moveré.

—¡Seamus! —grita—. ¡Seamus!

Ninguno de nosotros hace el menor movimiento.

—¡Cristoooo! —dice.

Tengo miedo. Afuera, uno de los bordes de mi cartel «POR ACÁ SANTA» se soltó y el cartón mojado ondea al viento. Pa se vuelve hacia mi madre y le dice con voz venenosa:

—Y tú caminando, haciéndote la fina, delante de todos los vecinos, creyendo que te habías ganado el primer premio de la rifa —y riéndose, abre su puerta—. Corriendo como una gitana para salir del salón.

Sale y en su modo de caminar hay rabia, como si caminase sobre carbón ardiente. Canta «Far Away in Australia». Llega, saca el cable del portón en el momento en que una ráfaga de viento le vuela el sombrero. Los portones se abren. Se agacha para recoger el sombrero, pero el viento lo pone fuera de su alcance. Vuelve a dar unos pocos pasos y se agacha nuevamente, pero otra vez el sombrero queda fuera de su alcance. Pienso en Santa Claus, usando el mismo papel de envolver que nosotros y, de pronto, entiendo. Hay, obviamente, una única explicación.

Mi padre se hace cada vez más pequeño. Parece como si los árboles se movieran, el nogal, cuyas verdes ramas nos protegen en el verano, está retrocediendo. Entonces me doy cuenta de que es el auto. Somos nosotros. Estamos andando, deslizándonos hacia atrás sin el freno de mano, y no estoy afuera para poner la piedra detrás de la rueda. Y es entonces cuando mami toma el volante. Se desliza hasta el asiento de mi padre y pone el pie en el freno. Dejamos de ir para atrás. Acelera y pone el cambio, haciendo chirriar la caja de cambios; no apretó el embrague, pero entonces hay una crepitación y estamos en movimiento. Mami nos está llevando más allá de donde está el cartel de Santa, más allá de donde está mi padre, que ha dejado de cantar, y cruzamos los portones abiertos. Nos lleva a través de la nieve fresca. Puedo oler los pinos. Cuando me vuelvo, mi padre está allí, observando nuestras luces traseras. La nieve cae sobre él, sobre su cabeza calva, mientras se queda ahí, sujetando con fuerza el sombrero.

## DONDE EL AGUA ES MÁS PROFUNDA

Esa noche, la *au pair*<sup>[2]</sup> se sienta a pescar en el borde del muelle. A su lado, queso que rescató durante la cena del bol de la ensalada, sus sandalias de cuero. Se saca la gomita de la cola de caballo y de un sacudón se suelta el cabello. Los olores de las sobras de la cena y de la espuma de baño flotan desde la casa hasta los árboles. Ella desliza un cubo de queso en el anzuelo y lanza con fuerza. Tiene buena muñeca. La línea traza un arco perfecto en el aire, cae y desaparece. Lentamente, la atrae hacia ella, donde el agua es más profunda. Haciendo así, antes sacó una linda perca.

Últimamente no está durmiendo bien, se despierta con el mismo sueño. Al anochecer ella y el niño están en el patio. El viento hincha la ropa en la soga y unos árboles negros les rozan la cabeza. Luego, la tierra tiembla. Caen estrellas y tintinean alrededor de sus pies, como monedas. El techo del granero se estremece, se levanta como una gran hoja de metal, raspando las nubes. La tierra se abre en grietas y el niño queda del otro lado.

—¡Salta! ¡Salta que te agarro! —grita la muchacha.

El niño le sonríe. Confía en ella.

—¡Vamos! —dice, abriendo los brazos lo más que puede—. ¡Salta! ¡Es muy fácil!

Él corre rápido y salta. Sus pies sortean el abismo, pero entonces ocurre lo más extraño: las manos de ella se disuelven y el niño cae en la oscuridad. La muchacha se queda en el borde y lo observa caer.

A veces sueña eso dos veces por noche. Ayer se levantó y fumó un cigarrillo en el baño y miró la luna. La luz se deslizaba sobre las canillas doradas y se hundía en el lavabo de porcelana, haciendo sombra. Se lavó los dientes y volvió a la cama.

Esa tarde desenterraron gusanos y llevaron el equipo de pesca hasta la costa del lago. La *au pair* dio vuelta el bote y lo deslizó en el agua, manteniéndolo quieto para el niño. «¡Bien!», dijo y remó hasta más allá de donde se proyectaba la sombra del muelle. El niño llevaba puesta una gorra de béisbol de los Red Sox, que su padre le había traído de un viaje de negocios. Le habían salido pecas en la nariz; la costra que tenía en la rodilla se le estaba curando. La mano le colgaba a un costado y hendía la superficie del agua, mientras ella remaba. Cuando la muchacha alzó los remos, derivaron hasta quedar en una nube negra de mosquitos.

—¿Hay bichos en el arrecife? —quiso saber el niño.

La voz de la muchacha cambió cuando habló de su hogar. Habló como si pudiese alcanzar el pasado y tocarlo con las manos. Le puso carnada al anzuelo y le contó al niño cómo aprendió a bucear con equipo y *snorkel*, y con arpón, cómo exploró el mundo submarino oculto. Montañas gigantes, donde los peces nadaban en cardúmenes y cambiaban de dirección todos a la vez. Algas arremolinándose. Una tortuga marina con grandes espirales sobre el lomo, que pasaba nadando. Caballitos de mar.

—Voy a bucear aquí —dijo el niño.

—No podemos, querido. Tu lago es demasiado oscuro y barroso; el fondo no tiene arena como el océano: es de barro. Barro más profundo que dos hombres parados uno encima del otro. Demasiado peligroso para bucear.

El niño se quedó callado por un rato. Unos caballos relincharon en la pradera lejana y galoparon colina abajo, resoplando al detenerse en la orilla.

—¡Juguemos a «A qué se parece»! —dijo la muchacha y se espantó un bicho del brazo.

—Bueno —dijo el niño, encogiéndose de hombros.

Empezó ella:

—Este bote se parece a una nuez de Brasil partida al medio.

—Tu cabeza se parece a un repollo.

—Tus pestañas son del color de la crin de un palomino.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Un caballo. Ya te mostraré una foto.

—¿Tengo ojos como los de un caballo?  
—Te toca.  
—Tus pedos parecen porotos cocidos.  
—Tus pedos son como silencios venenosos —dijo la muchacha.  
—Te pareces a una mamá —dijo el niño y la miró a los ojos.  
—Hablando de mamás —dijo ella—, tu mamá volverá pronto a casa. Mejor volvemos. —Y agarró los remos y remó de vuelta hasta la orilla.

Llegaba la Pascua. Antes de cenar se sentaron sobre alfombrillas en el estudio e hicieron tarjetas con un papel grueso y caro que la mamá del niño había traído del centro, y se trataron una a otro de socio. «Felices Pascuas, socia. Cómete muchos huevos», decía la tarjeta de él. Ella le llevaba la mano y escribía las palabras por él, pero él era el que decía qué escribir. Dibujó las X del final solito. En la parte de adelante, con crayones, dibujó dos personajes con forma de palo sobre un fondo marrón.

—¿Qué son esos? —preguntó el padre del niño, un hombre alto y pelirrojo, con ancestros irlandeses y ojos implacables con una sombra de celeste. Estaba fumando un cigarro, mirando la CNN, con los pies levantados.

—Buzos —dijo el niño.

—Ya veo —dijo el hombre—. Ven, hijo.

El niño se levantó y se trepó sobre las piernas del padre.

—Descansa un rato, querida —le dijo el padre a la muchacha.

Ella se puso de pie. Llevó los platos a la piletta de la cocina, salió a la noche y cerró de un portazo.

Abajo, junto al lago, la *au pair* oye la descarga del inodoro; luego, el chapoteo del agua del baño en los caños. Hora de ir a la cama. La madre del niño —una mujer alta y rubia, con pómulos salientes, que dirige una inmobiliaria en el centro— siempre lleva al niño a la cama. Ese es el arreglo. Ella baña al niño, le lee Huevos verdes y jamón o Donde están las cosas salvajes. La mamá tiene educación. A veces lee un libro de poemas de Robert Frost y pone a Mozart en el estéreo. Más tarde, la *au pair* entrará y

verá si el niño aún sigue despierto, encenderá la luz del baño para que quede prendida y le dará un beso de buenas noches.

El último invierno viajaron al norte, un vuelo de tres horas a Nueva York, durante un fin de semana largo. Se quedaron en una suite de hotel, en un piso diecinueve, con un pequeño balcón con vista a Manhattan. Esa tarde la mamá del niño se puso un vestido de seda holgado y un tapado de visón, tomó a su marido del brazo y ambos salieron a cenar. La muchacha pidió al servicio de cuartos una pizza de hongos y Coca-Cola, jugó a «Escaleras y Serpientes» con el niño. Él tiró los dados y subieron y reptaron de arriba abajo por el tablero hasta la hora de ir a la cama. La muchacha se quedó levantada, se pegó una ducha caliente y se envolvió en la bata esponjosa que tenía el logo del Hilton impreso en la solapa. Abrió la puerta del balcón y desde el sillón se quedó mirando la línea del horizonte, la noche que se desangraba en oscuridad detrás de los edificios más altos, pero no se atrevió a salir y mirar hacia abajo. En lugar de eso, escribió cartas a su casa diciendo que, después de todo, no era probable que volviera para Navidad y lo mucho que extrañaba el océano, pero que eran buenos con ella y no le hacían faltar nada.

Ya era tarde cuando volvieron. Ella dormitaba en el sillón, pero se despertó para oírlos hablar en el dormitorio. Luego, la conversación se interrumpió y el hombre salió al balcón. El humo del cigarro y el frío glacial se metieron en la habitación. Él entró, cerró con pestillo las puertas del balcón y se sentó en el borde del sillón, mirándola. Olía a vodka y a colonia para después de afeitarse Polo, y la *au pair* sintió el frío que emanaba del buen traje de lana.

—¿Sabes lo que pasa si perdemos al bebé, no? —dijo el hombre—. Perdemos al bebé, perdemos a la niñera. Mantén las puertas de ese balcón cerradas, querida, o te estarás tomando el primer avión a casa.

Y entonces la besó; un beso extraño, calculado, un beso de aeropuerto para alguien a quien te alegras de ver que se va. Luego se incorporó y volvió con su esposa.

Cuando la muchacha oyó sus ronquidos, se levantó y salió al balcón. Un viento débil estaba llevando grandes copos de nieve por el aire,

convirtiéndolos en nevisca. Era una noche de diciembre, salpicada de nieve y de los bocinazos del tránsito. Pronto sería Navidad. Se agarró de los barrotes y miró hacia abajo. Una maraña de disgustados taxis amarillos taponaban los cruces de las calles. Contuvo el aliento. Recordaba haber leído en algún lado que el miedo a las alturas ocultaba la atracción de caer. De repente, eso le resultó horriblemente claro. Si no pensaba en saltar, estarse en el borde no le costaría nada. Se imaginó cayendo, imaginó cómo debía sentirse eso, bajar en picada, estarse así perdida, lo que cada cosa había significado en su momento, luego desaparecer. Se imaginó el alivio de terminar con todo; luego volvió a entrar y cerró las puertas.

A la mañana siguiente planearon visitar F. A. O. Schwarz<sup>[3]</sup>. En la entrada, la muchacha escribió el nombre del niño y el número de su habitación en un papelito y se lo prendió en el interior del bolsillo del pantalón.

—Si te pierdes, dale esto al primer policía que veas.

—Pero no me voy a perder —dijo.

—Claro que no.

Ahora, junto al lago, está oscuro. La *au pair* siente movimiento en los arbustos de la orilla lejana. En alguna parte de esos campos hay jabalíes. Una vez, el padre del niño atrapó un jabalí, pagó a un hombre para que matase al animal y llenó la heladera. Unos diez intentos más y podría irse a dormir. De todas maneras, ya casi no quedaba queso. Escucha croar a las ranas y, por algún motivo, recuerda el toctoc de la alambrada eléctrica de su casa. Su padre le enseñó que nunca tenía que tocarla con la palma, siempre con el dorso de la mano; de ese modo, los reflejos harían que alejara la mano y no que se aferrara, si la corriente estaba activada. Pequeñeces, para eso estaban los padres, según se imaginaba. Espíritu práctico: cómo atarse los cordones y cerrar el cinturón de seguridad del asiento. La carnada se hunde haciendo plaf, pero ella ya no puede detectar la línea contra el cielo.

Nadie ve que el niño sale de la casa. Baja furtivamente por los escalones de atrás, pero no se agarra del pasamanos como le dijeron. No importa que sus ojos no se hayan acostumbrado a la oscuridad; conoce la pendiente cubierta de hierba que lleva hasta el lago. Puede ver la blusa pálida de ella,



la manga que se empina, el codo que golpea hacia atrás, el movimiento de lanzar la línea. El niño corre, a pesar de que le advirtieron que nunca hay que correr cerca del agua. De su pecho salen pequeños gruñidos, como los ruidos que la muñeca de su prima hace cuando él la pone cabeza abajo y cuando la vuelve a dar vuelta. La *au pair* está de espaldas. Los pies del niño no hacen ruido alguno; es silencioso como una pantera en el pasto frío.

La muchacha no vuelve la cabeza hasta que el pie del niño alcanza la primera tabla del muelle.

—¡Juju! ¡Atrápame! ¡Atrápame! —grita el niño.

Corre rápido. Ella suelta la caña. El pie del niño se engancha con algo y entonces parece viajar un trecho bien largo. La muchacha gana confianza, intentando permanecer de pie y girar al mismo tiempo. El niño siente un escalofrío. De repente, los brazos de ella están ahí, envolviéndolo como sabía que haría. Él se hunde y se ríe sobre el hombro de ella.

—¡Sorpresa! —grita.

Pero ella no se ríe.

El niño hace silencio. Más allá de la seguridad del hombro de ella, detecta el peligro. Más allá de ella, no hay nada. Solo agua profunda y barro más profundo que dos hombres adultos.

—Ay, mi bebé —susurra la muchacha—. Ya, ya.

Lo acuna y él apoya la cabeza sobre el hombro de ella durante un buen rato, sintiendo cómo su pecho sube y baja. Ella besa sus cabellos como seda; las pestañas del niño rozan la clavícula de la muchacha. La *au pair* lo tiene alzado hasta que los latidos de ambos se calman y una voz de mujer grita el nombre del niño. Entonces lo lleva de vuelta hasta la casa iluminada y se lo entrega a su mamá.

## AMOR EN EL PASTO ALTO

Cordelia se despierta una mañana helada y observa el humo de turba que flota más allá de la ventana de su dormitorio. Se levanta, abre la ventana y oye la música de la matinée que se va apagando en el camino. El aire invernal penetra, ese día, el último del siglo xx. Cordelia se desnuda, vierte agua de la jarra de metal, llena a medias la palangana, escurre la toallita que usa para lavarse el cuerpo y se enjabona las manos, el rostro. En noviembre, cuando estalló la cañería, no se molestó en llamar al plomero, rompió el hielo del barril que recoge la lluvia y hundió el balde en él. Esa agua está fría. Se seca y, lentamente, se viste, poniéndose un vestido verde, cerrándose la cadena con medallón de platino alrededor del cuello. Se inclina y se ata los cordones de los zapatos negros, sabiendo que, al terminar el día, nada volverá a ser igual.

En la cocina, echa un huevo en la sartén, pone a calentar la pava, saca la huevera de acero inoxidable, la cuchara gastada, la taza a rayas y el plato y espera hasta que esté listo. En alguna parte alguien está cortando madera. Esa pava siempre canta antes de hervir. Corre el cerrojo y se sienta al lado de la puerta abierta. Ha dormido; ahora tiene que comer. Rompe la cáscara, sala el huevo, pasa la manteca sobre el pan, sirve el té. El viento arroja hojas secas sobre el linóleo. Los birmanos creen que el viento que arrastra hojas de betel a la casa de la novia traerá mala suerte e infelicidad al matrimonio. Demasiados datos inútiles resuenan en la cabeza de Cordelia como viejas monedas. El reloj de la chimenea hace tictac de lo más contento. Falta poco, parece decir. Falta poco. Una vez que terminó, da vuelta la huevera, un juego al que jugaba en la niñez que se volvió un hábito. Se saca un pañuelo de la manga y se limpia la boca. Ya es hora. Se

deshace la trenza y se peina el cabello. No conoce a ninguna otra mujer cuyo cabello se haya puesto blanco a los cuarenta. Finalmente, toma el abrigo negro bueno del gancho y sale a lo que queda de diciembre.

Hace ya nueve años que Cordelia recorrió ese camino, un camino empinado que lleva al océano. No ha cambiado mucho. La escuela nacional ha sido pintada, pero el Silver Dollar Take-Away aún está allí y la camioneta de los helados con su cartel bien borrado, pero hay una luz en la casa de huéspedes Lone Star, y la puerta del pequeño negocio de recuerdos está abierta. Sospecha que después de que comience el nuevo siglo, volverán a cerrar, esperarán que vengan los turistas del verano y los chicos del trampolín. Es consciente de las caras detrás de las cortinas de *voile*. Un niño pasa en su bicicleta sin pedalear. Ella se detiene en la capilla, empuja la puerta de vidrio, se bendice en la fuente. El porche huele a mármol mojado, a piedra vieja, a abrigos húmedos. Solía imaginarse ahí, de pie, vestida de novia, con su padre entregándola.

Adentro, la capilla está vacía; la baranda de mármol, desaparecida. Dos estatuas guardan el altar: la Virgen María y San José. Una marrón, la otra azul. «¿Por qué María siempre es azul?», se pregunta. Enciende una vela a sus pies, parece tan solitaria. Cerca del altar hay un ataúd cubierto por una tela púrpura, qué ataúd tan pequeño, pero entonces se da cuenta de que es el órgano. Retrocede hasta entrar al confesionario, cierra la reja.

—Bendígame, padre, porque he pecado —murmura.

Eso la retrotrae. Una repentina corriente de aire atraviesa la capilla, sonando extrañamente como una carrera de autos, un viento muy fuerte. Se sienta en el último banco y abre el misal en cualquier parte, lee la lección del salmo dominical y piensa que Judas Iscariote es un nombre hermoso.

La aulaga protege ese camino, verde, aulaga trémula que estalla en un amarillo inexorable durante la mitad del año. Ya está oscureciendo; siente cómo mengua la luz, observa el atardecer azul que desaparece hacia el oeste. Se detiene y se saca una piedrita del zapato. Las nubes se juntan sobre las dunas peladas. Siente latir su corazón, está cansada, con fatiga en los huesos y la noche cae a su alrededor, demasiado rápidamente. ¿Por qué el tiempo va rápido y luego lento? Tiene que caminar dos o más millas.

Recuerda la sala de espera, el brillo del estetoscopio, la promesa y se apresura.

Porque también estaba oscuro cuando Cordelia vio al doctor, un septiembre tardío de frutas caídas. Exasperada, había tomado un martillo y clavado un cartel, MANZANAS, en el portón de entrada. Durante la noche un vendaval había sacudido los árboles hasta dejarlos pelados. Se había levantado y descubierto los terrenos del huerto alfombrados de manzanas: Granny Smith, Golden Delicious, Bramley, Red Janets, manzanas silvestres. Llenó baldes, palanganas, el viejo moisés, pero lo que sobró quedó abundante y magullado en el pasto alto.

Cuando el auto del doctor dobló en su camino, Cordelia estaba sentada sobre los escalones, afuera de la puerta principal, hojeando las páginas de «Mermeladas y jaleas» de su libro de cocina. Sobre el alfeizar, por encima de su cabeza, había frascos de mermelada con avispa ahogada, confundidas por la cuchara de mermelada en el fondo del agua. El doctor proyectaba una sombra firme y alta sobre ella. Parecía un hombre que podía saltar una cerca y treparse a un árbol, como un hombre que solía correr. Ella lo condujo hasta el sendero del huerto, donde él sacó las manos de los bolsillos y meneó la cabeza.

—Qué desperdicio —dijo—. No hay nada que odie más que el desperdicio. ¿Tiene una pala?

Se quitó el saco y se arremangó la camisa. Tenía los brazos pálidos para ser verano, las venas de las muñecas como ramas azules dibujadas por un niño sobre una página blanca. Pero las manos estaban bronceadas, como si las hubiera sumergido en tinta indeleble que no se pudiese limpiar. El sol de otoño se ponía naranja, mientras el doctor cavaba un pozo. Recubrió la arcilla con paja y cuidadosamente dispuso las manzanas de modo que no se tocaran.

—Listo —dijo—, manzanas todo el año.

—Entre a lavarse las manos.

La cocina era oscura y fría y olía a hollín y a algo más que el doctor no supo decir. Cordelia le dio detergente y él se quedó ante la pileta de la cocina restregándose las manos. Ella sirvió una copa de leche, que él bebió

antes de irse con una palangana de manzanas hasta el borde. Cordelia usó la falda como bolso y también la llenó. El doctor notó sus rodillas, marcadas allí donde se había arrodillado sobre el pasto, sus muslos tostados y pensó en ellos mientras manejaba de vuelta a casa, donde lo esperaban su mujer e hijos. Cada vez que doblaba, las manzanas rodaban, ruidosas, en el asiento de atrás.

El doctor volvió. A devolver la palangana que volvió a llenar ante la insistencia de Cordelia, y regresó de nuevo. Se hizo habitual que, los jueves, el doctor pasara.

—Pensé que se suponía que las manzanas mantenían alejado al doctor —dijo Cordelia.

—No todos los doctores son iguales.

—¿Y los pacientes?

—Los pacientes son todos iguales. Lo único que quieren es sentirse mejor.

Cuando el tiempo era seco, Cordelia y el doctor bebían té afuera. Se sentaban a charlar a la sombra, debajo de los árboles. Cordelia le preguntaba por la escuela de medicina, por lo que le había significado haber sido hijo único. Ninguno de los dos tenía hermanos o padres vivos. Cordelia era una buena oyente y al doctor le gustaba hablar. Le hablaba de su infancia, de cómo acostumbraba quedarse por horas en el porche matando moscas, de cómo su padre les sacaba más fotos a sus perros de exposición que a él, de su tía que estaba en un convento y de las esperanzas que abrigaron sus padres de que él ingresara al seminario. Pero ni una vez mencionaba a su esposa; era como un libro cuyos capítulos intermedios se habían perdido. Cordelia sentía la falta de atención. De cerca, ella olía las bolitas de naftalina en el saco que él usaba en invierno, lo que la hacía pensar en un cajón que no había sido abierto durante mucho tiempo.

Para su cumpleaños número treinta, Cordelia se sentó con los pies en una palangana de agua caliente y oyó la tormenta. Era a fines de noviembre. Bebió tres grandes vodkas y se ató una cinta en el cabello. Los relámpagos brillaban intermitentemente en el cuarto. Cuando llegó el doctor, lo tomó de la mano y lo condujo hasta el huerto. Se recostó sobre el pasto húmedo.

—Tengo treinta —dijo.

—Vas a resfriarte.

—No me preocupa.

—¿Estás borracha?

—¿Importa? —dijo y se desabotonó el vestido.

Perdieron la noción del tiempo. Cuando el doctor miró la hora, acercó el reloj hasta su rostro y luego salió apurado, dejando huellas de neumático sobre el camino.

A la mañana siguiente, Cordelia estaba en la cama, mientras unos moscardones somnolientos luchaban contra los vidrios de las ventanas. Observaba las repentinas y veloces sombras de las golondrinas que pasaban volando frente a su ventana en parejas fugaces, restándole luz a su cuarto, y se maravillaba de que los seres vivos pudieran quedar suspendidos en el aire. Se imaginó el último de los frutos pasados, el último de los más tardíos, cayendo ante la menor brisa. No tenía corazón para arrancarlo. Se imaginó el tallo que se debilitaba, el fruto colgando de su planta, atrasándose, soltándose, luego dejándose caer, cayendo.

El doctor le dijo a su esposa que iba a estar visitando pacientes. Dado que su auto era tan llamativo, empezaron a encontrarse en las dunas de arena de Strandhill. Llevaban patas de pollo, un frasco con whiskey, pastel y barras de chocolate belga, porque el doctor era goloso. Los días secos, él se abría la camisa y ella se sacaba las botas y se dejaba el pelo suelto. Pero la mayoría de las veces se echaban, cubriéndose con el gran abrigo negro de Cordelia, a oír la marea, él, con la cabeza sobre los juncos. A veces caían en un sueño liviano, pero Cordelia siempre era consciente del irreversible tictac del reloj de oro del doctor: tictac, tictac, tictac. «Ya falta poco», parecía decir. «Ya falta poco». Ella odiaba ese reloj; quería levantarse y arrojarlo al océano.

Cordelia soñó que estaba en un cuarto que tenía una cortina verde y ondeante. No podía ver hacia afuera, pero nadie podía ver hacia adentro. Cuando le contó eso al doctor, él empezó a hablarle de su mujer. Cordelia no quería saber de su mujer. Ella quería que él golpeará ruidosamente a su puerta con el puño en el medio de la noche, que entrase con una valija y que, llamándola por su nombre, le dijera: «He venido a vivir contigo por mi cuenta y riesgo». Ella quería que él la llevase a una casa extraña y que

dejara la puerta abierta de par en par. El doctor le contó que su esposa se iba a la cama temprano. Dijo que, en las noches de buen tiempo, él se sentaba en el porche detrás de su casa a fumar un cigarrillo. Desde ahí podía ver más allá de la península, donde el camino se curvaba, iluminándose con las luces del pueblo de ella.

Llegó el invierno con chubascos repentinos, impredecibles. Cordelia se lo encontraba en pubs, donde comían carne roja y bebían vino. A las cuatro en punto de la tarde, ya estaba oscuro y el doctor le hablaba sobre estar casado, sobre cómo había sentido que eso era algo que tenía que hacer, de modo que se casó con la primera que lo aceptó, a los veintidós. Su mujer dejó el trabajo y quedó embarazada. No podía coser. Si a él se le perdía un botón de la camisa, ella la tiraba. Cordelia no le preguntó por qué la mujer no podía coserle los botones.

Un fin de semana se fueron a Dublín. Se encontraron en el pueblo y él le dijo que, hasta la carretera, se agachara en el asiento trasero del coche. Cuando llegaron al hotel, en la recepción estaba el abogado de él. El doctor presentó a Cordelia como colega suya. Apestaba a culpa. Hicieron el amor con la ventana abierta, oyendo cómo fluía el Liffey hacia Eden Quay. Era agradable estar rodeados por extraños. El doctor asistía a sus reuniones por las tardes, buscaba restaurantes tranquilos por las noches. Era precavido con su dinero, hablaba del precio de la libra, de cómo su mujer se había comprado un abrigo de trescientas libras, sin consultarle. En una oportunidad, Cordelia salió del baño y lo descubrió registrándole la cartera.

—¿Tienes aspirinas? —le dijo—. Me duele la cabeza.

Para la semana de Navidad, él se apareció por la casa de ella con filetes y los sirvió medio crudos con una botella de brandy.

—Feliz Navidad —le dijo y le dio una caja de chocolates amargos. Ella era alérgica al chocolate.

Después de eso no lo vio durante dos semanas. Él la llamó desde una cabina telefónica a las dos de la mañana.

—¿Dónde estabas cuando yo tenía veinte? —le dijo. Lo que decía se oía mal articulado—. Mi mujer quiere saber por qué no la toco. Es como tocar una serpiente. Se va a visitar a la familia a Kilkenny por el fin de semana. Se lleva a los chicos. ¿Adónde quieres que vayamos?

—A España.

—¡Perfecto! ¡Ja! ¡Ja! Vamos a España.

Ese fin de semana llevó a Cordelia a un pueblo de Limerick, cuya única industria era su matadero. En ese pueblo había olor a rancio y consiguieron un cuarto en un hotel cuyas canillas de agua caliente apenas llegaban a dar agua tibia. Abajo, tenía lugar la boda de unos gitanos. Cordelia se emborrachó. Recorrió el corredor en camisón. La alfombra de lana por la que caminaba tenía un dibujo de grandes rosas rojas. Se quedó ante la ventana, mirando a la pareja de recién casados que se iba en un sulky tirado por burros. La gente le arrojaba flores y latas de cerveza al carruaje.

—Hasta que la muerte nos separe —dijo el doctor—. En las bodas, los que lloran son siempre los que están casados. Conocen la diferencia entre los votos y su vida.

Se regalaron cosas mutuamente. Ese fue su primer error. Él sacó un par de tijeras quirúrgicas de su bolsillo y le cortó un rizo a Cordelia. Lo guardó entre las páginas de un libro titulado *Doctor Zhivago*. En otra oportunidad, luego de estar tendidos en las dunas hasta después de que se había puesto oscuro, se llevaron accidentalmente a sus respectivas casas la bufanda del otro. Él le regaló sus libros antiguos, cuyas páginas tenían los bordes dorados. Y Cordelia le escribió largas cartas, diciéndole que los días sin él eran como meses sin sol, sin oxígeno.

En medio de la noche, mientras su mujer e hijos dormían, el doctor trepó hasta el techo de la sala de estar, abrió la puerta del ático y puso las cosas que Cordelia le había dado debajo del material aislante. Sabía que allí estarían a salvo, porque su esposa tenía miedo a las alturas.

Pero el doctor nunca le escribió ni una línea a Cordelia. Cuando se fue de vacaciones con su mujer a Lisboa, Cordelia no recibió una palabra de él, ni siquiera una postal. La única muestra de escritura suya que tuvo fue cuando le dio unos calmantes para el dolor de oídos. Sobre la etiqueta, escrito de manera casi ilegible, se leía: «Tomar uno con agua (o vodka) tres veces al día».

Cordelia ya casi llegó. Pasa las barandas de concreto del estacionamiento, trepa la cuesta inclinada de las dunas, debajo de la sombra



de la montaña. Se detiene a recuperar el aliento, observa las continuas vueltas de la marea azul que rompe en la perpetua y salada espuma sobre la costa. Los juncos se inclinan para dejar pasar el viento. Poco hay allí que demuestre la presencia humana; el viento ha borrado todas las huellas de la arena. Apenas una cuchara de plástico rota, una lata de cerveza aplastada, una carterita de niña con perlas. Cordelia se detiene y se agacha para recogerla, pero está vacía, roto el forro.

Las luces del pueblo proyectan una banda anaranjada por el este. Oye música, gitanos que ponen discos de Jim Reeves en su campamento, el ronroneo sistemático de un generador. Una yegua moteada relincha y trota a lo largo de la costa, como si también ella hubiese soñado con un hombre que le apuntaba con un arma a la cabeza. Las nubes se acumulan, espesándose en la oscuridad. Cordelia encuentra el lugar cubierto de musgo en la colina, donde se acostaron por primera vez. Eso fue hace casi diez años. Se tiende entre las cañas, se levanta el cuello y espera.

Una tarde, el doctor entró a su sala de estar y ahí, sobre el piso, estaba el pedazo de cinta negra que había tomado del cabello de Cordelia para atar las cartas de ella, cada una de las cuales había sido dirigida a su consultorio y marcada con un «estrictamente confidencial». Cuando alzó la vista, vio las piernas de su esposa, que hurgaba en el material aislante del techo.

—¿De quién es este pelo? ¿Quién mandó estas cartas? ¿Con quién te has estado viendo? ¿A quién pertenece esa cinta? ¿A quién? Quiero saber, háblame. ¿Quién es Cordelia? ¿Cordelia qué?

La mujer leyó en voz alta. Empezó a llorar. Había palabras como «eternamente», «siempre» y «hasta que la muerte nos separe». Empezó cuando ya era bien de tarde. El doctor se sentó en el sillón que estaba al lado de la chimenea y miró por la ventana los temblorosos crisantemos que apretaban sus pimpollos color óxido contra los vidrios. Su mujer dejaba caer cada hoja al piso de la sala, a medida que las leía. Esas hojas flotaban. Terminó de leerlas a la luz de una linterna. Al final de muchas de las hojas se repetía el nombre «Cordelia». La mujer del doctor no bajó, sino que se sentó ahí, insistiendo en averiguar la verdad.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Enamorado? —preguntó el doctor con voz de asombrado.

—Obviamente ella está enamorada de ti.

—Es enamoramiento, nada más.

—¿Te piensas que me chupo el dedo? Vas a dejarme.

—No seas ridícula. Eres mi mujer.

La convenció para que bajase. En el hogar, prosperaba un fuego espléndido porque el doctor, con los nervios destrozados, había arrojado paladas de carbón a las llamas. Antes del amanecer, en presencia de su marido, la mujer había quemado lentamente las cartas de Cordelia. El doctor vio cómo el fuego devoraba las hojas, el rizo de cabello blanco chamuscándose en el fuego azul. Pensó en los quemados a los que había tratado, en los peores casos y, así y todo, tuvo que emplear toda su fortaleza para no poner las manos en las llamas y recuperar las hojas y el cabello.

—Es rubia —dijo la esposa del doctor.

Dos días después, el doctor hizo que Cordelia fuera a verlo a su consultorio y, con voz baja y conmovida, le informó que la aventura que habían vivido se había terminado. Juntó las manos y jugó con los pulgares haciendo que describieran pequeños círculos contrarios a las agujas del reloj. Así es como debía ser cuando te informan que tienes una enfermedad terminal, pensó ella. Él habló y habló, pero en algún momento, Cordelia dejó de oír. Leía el test para la vista que había detrás de la cabeza de él. No podía leer las letras más pequeñas. Tal vez necesitaba anteojos.

El doctor apoyó la cabeza entre las manos.

—Oh, Cordelia —le dijo—. No puedo dejarla. Sabes que no puedo. Piensa en los chicos. Piensa en ellos preguntando «¿Dónde está papito?».

«¿Dónde está papito?». Por alguna razón que le resultaba desconocida, le dieron ganas de reírse.

—Espérame —dijo él—. En diez años, los chicos habrán crecido y se habrán ido. Encontrémonos la víspera de Año Nuevo al final del siglo. Encuéntrame entonces y volveré para vivir contigo —le dijo—. ¡Te lo prometo! Estarás constantemente conmigo hasta entonces.

Cordelia se rio, y esa fue la última imagen que tuvo de él. Pasó delante de los pacientes en la sala de espera. ¿La gimoteante mujer de mediana

edad con los pañuelos de papel, el hombre pálido con su venda en el brazo, el herido? ¿Acaso todos estaban esperando a ese hombre?

Gradualmente, la pesadilla se desvaneció. La cortina verde y la ventana fueron quedando muy atrás en la memoria, pero la promesa quedó al rojo en la cabeza de Cordelia como un atizador caliente. Cordelia ambicionó su soledad. Comenzó a leer hasta tarde, a tocar el piano, practicando temas sencillos. Se hablaba a sí misma, conversando libremente en los cuartos vacíos. Hablaba incoherentemente. Poco a poco se convirtió en una reclusa. Cubrió la TV con un mantel y le puso encima un florero; se deshizo de la radio a transistores y de todas las malas noticias que daba. Hacía listas, pagaba sus cuentas por correo. Instaló el teléfono, advirtió que al hombre que le traía turba, al almacenero, al hombre del gas, a cualquiera que deseara podría llamarlo para que le trajera lo que fuese. Ellos le dejaban cajas de cartón llenas de víveres, tubos de gas y bolsas de carbón en la puerta y recogían los cheques que ella ponía debajo de una piedra. Se levantaba tarde, bebía té fuerte, cumplía con el rito de limpiar el interior de las rejillas. Adelgazó y dejó de ir a misa. Los vecinos golpeaban a su puerta y miraban por las ventanas, pero ella no atendía. Sobre la casa cayó un polvillo de ceniza color óxido, que se acumuló sobre cada superficie horizontal. Parecía como si cada vez que ella se movía, se levantara polvo.

Por las noches, encendía el fuego, miraba la llama susurrante alrededor de la turba y oía el seto de rododendro, la enredadera de Virginia que arañaba los vidrios de las ventanas. Cordelia se imaginaba que había alguien en la oscuridad, frotando el vidrio sucio para ver a través del agujero, pero sabía que se trataba solo del cerco. Siempre había cuidado el jardín, se había quedado afuera durante el verano con las tijeras, recortando todo y rastrillando las hojas de laurel fuera del sendero de arena, segando el pasto, encendiendo fuegos pequeños e inofensivos cuyo humo se dispersaba más allá de la soga de la ropa. Ahora, el descuidado seto empezaba a invadir la casa; se había hecho tan tupido y cerrado que mantenía todas las habitaciones de la planta baja en una sombra constante, y cuando el sol bajaba, las sombras extrañas de los pinos entraban en la sala de estar. Cordelia podía sentarse en el medio del día bajo la lámpara que usaba para leer y hacer de cuenta que era de noche. El tiempo no parecía importar. Los

años pasaban. A veces, cuando el tiempo era agradable y se abrían los capullos del rododendro, caminaba desnuda alrededor de la casa, rozándose contra los húmedos pimpollos. Nadie jamás la vio.

Ahora es de noche en Strandhill. La media luna parece dar más luz de la que debería. Cordelia puede divisar la silueta de los acantilados contra el cielo. El océano es como siempre fue; se le ocurre la infantil idea de que las olas dicen me quiere, no me quiere. Qué terrible ser una tonta a los cuarenta. Estuvo sola demasiado tiempo. Todo y nada habían cambiado. Cordelia siente que ha corrido una carrera muy larga y ahora los latidos de su corazón pueden ser normales otra vez. De uno u otro modo, se termina. Se pone la mano en el rostro, siente el alivio de su aliento cálido. Siente que el viento se está haciendo más frío, se pone el abrigo, se abrocha los botones. Ya no tardará. Cierra los ojos, recuerda el chasquido de las tijeras cortándole el cabello, calor, el sueño interrumpido, un moretón verde que se desvanece sobre su cuello, se recuerda agachada en el asiento trasero del coche, el gráfico para la vista en el consultorio.

Hay un pequeño desfile que marcha por la colina, sosteniendo antorchas, preparándose para la medianoche. Hay una fanfarria, música de trompetas de la gente que celebra el paso del tiempo. Un niño disfrazado bate el tambor. Marchan a su propio ritmo. Muchachas en minifalda que hacen girar bastones, en dirección a las luces del pueblo.

—Cordelia —dice una mujer que se detiene ante ella—. No me conoce. Usted conoció a mi marido; era el doctor —dice.

¿Era el doctor? ¿Era?

—El doctor no vendrá.

Cordelia está sorprendida. Pasó mucho tiempo desde la última vez que le habló a otro ser humano. No sabe qué decir.

—¿No pensó que yo sabía?

La esposa del doctor es una mujer pequeña y nerviosa, con mucho blanco en los ojos. Tira del cinturón de su abrigo, ajustándolo a su talle como para hacerlo más pequeño.

—Era obvio. Cuando el marido de una vuelve a casa de las consultas con arena en los zapatos, los botones de la camisa mal abrochados, el

cabello cepillado, oliendo a menta y con un apetito gigantesco, una no tiene que ser genio para darse cuenta de lo que está pasando —dice y saca cigarrillos que le ofrece a Cordelia. Cordelia menea la cabeza, mira el rostro a la luz de la llama del encendedor. Es el rostro de una mujer que alguna vez fue bonita, pero ahora hay en él desesperación.

—Escribe hermosas cartas. Nunca en la vida he recibido una carta como las tuyas.

Ahora el tambor suena débilmente en la península.

—¿Sabe lo más gracioso? Lo más gracioso es que yo solía rezar para que me dejara. Solía ponerme de rodillas y decir el rosario para que me dejara. Conservaba sus cartas y cosas en el ático; solía oírlo despierto a la noche, buscando la escalera. Debió haber pensado que yo era sorda. De todos modos, cuando descubrí las cartas, estaba segura de que iba a dejarme. La quiso tanto como es capaz de querer. No es un consuelo, pero estoy segura de eso.

—¿Quiso?

—No tuve el ánimo de dejarlo, ni él de dejarme. Fuimos cobardes —dice y la voz se le quiebra. Mira hacia el océano y se recompone—. Mire su cabello. Lo tiene blanco. ¿Cuántos años tiene?

—Solo cuarenta.

La mujer del doctor menea la cabeza, estira la mano, toca el cabello de Cordelia.

—Yo me siento como de cien.

—Lo sé.

La esposa del doctor se recuesta entre las cañas y fuma. Cordelia no le tiene antipatía, ni una pizca de la envidia que había imaginado.

—¿Cómo supo que estaría acá?

—Tiene una muy mala memoria, escribe todo. Y cree que su letra manuscrita es ilegible. Usted está anotada como «C. Strandhill a la medianoche».

—Strandhill a la medianoche.

—No muy romántico, ¿no? Usted creyó que se iba a acordar.

El fuego de los gitanos en el estacionamiento emite olor a goma quemada, cuando el doctor sube corriendo las dunas.

—Fue una conjetura al azar —dice la esposa del doctor.

Él se queda ahí, diez años más viejo y sin aliento. A la luz de la luna, su traje brilla. Está vivo y es casi medianoche. Cordelia está contenta, pero nada es como se lo imaginó. El doctor no extiende la mano hacia ella. No se recuesta en el pasto alto ni pone su cabeza sobre el dorso de la mano de ella, como solía hacerlo. Se queda ahí, como si hubiese llegado demasiado tarde a la escena de un accidente, sabiendo que tal vez habría podido hacer algo, si solo hubiera llegado más temprano. A sus espaldas, el perpetuo ruido del océano que se repliega sobre sí mismo. Juntos oyen la marea, las olas contradictorias, su cuenta regresiva del tiempo que resta. Como no saben qué decir o hacer, no dicen ni hacen nada. Los tres se sientan ahí, a esperar: Cordelia, el doctor y su esposa, los tres mortales que esperan, que esperan que alguien se vaya.